

— Prosigue.....

— Aquella montaña

Gigantesca y portentosa,  
Es tu trono, que enrojece  
La sangre de tus victorias.

— ¿Y aquellos cráneos horribles?

— De tu carrera despótica

Las víctimas inmoladas  
Son, y en las cuales reposan

Las columnas de ese trono  
Que te sostiene.....

— Y las olas

De aquel mar de fuego?

— El tiempo

Significan, que á espantosa  
Nada tornarán bien pronto.

Tu poderío y tu gloria.

— ¿Y ese mónstruo sanguinario?

Murmuró el rey con voz ronca,

Llevando una mano fría  
A su frente sudorosa.

— ¿El águila?

— Sí, contesta.

— Te anuncia que vengadora

La saña de un hombre fuerte  
Destrozará tus coronas.....

¡Le estoy mirando!

— A quién miras....!

— A él, al rey de los Acolhuas.

— ¿Nezahualcoyotl?

— Al mismo;

Al águila poderosa

Que ha de saciar en tus reinos,  
Su hambre, su ambicion, su cólera;

Que no ha de ver en sus días,

Tardes, ni noches, ni auroras,

Y cuyo nombre famoso

Y grande será en la historia.

— «¡ Mientes! » exclamó el monarca

Furioso; « sella tu boca » —

Ea, ¡llamad á los príncipes

Que quiero hablarles ahora!

« Sí, sí, que el traidor perezca,

Perezca su estirpe toda,

Y ni de su nombre quede

En mis dominios memoria. »



Dice el rey; sangrienta espuma  
Entre sus labios borbota,  
Y huye la bruja espantada  
Por una salida próxima.



Ante el rey de Azcapozalco  
Estaban, á pocas horas,  
Tayatzin, Teuctzintli y Maxtla,  
Infantes de la corona.

Y á todos tres iracundo  
Ordena que, sin demora,  
Prendan al príncipe ilustre  
Nezahualcoyotl, que pronta  
Muerte le den sus secuaces  
Donde quiera que le cojan,  
Y ofrece un premio al que lleve  
A cabo acción tan gloriosa.



Tezozomoc muy en breve  
Pagó el tributo, que toda  
La humanidad miserable  
Debe á la tierra, y la fosa  
Encerró con sus cenizas  
Bajo una sombría bóveda,  
La execración de su pueblo,  
Que aun despues de muerto le odia.

Nombró á Tayatzin su hijo  
Por sucesor, quien provoca  
Del primogénito Maxtla,  
La indignacion envidiosa.

Es Maxtla, altivo, soberbio,  
Y en su alma negra la sórdida  
Avaricia de su padre  
Se oculta devoradora.

De los reinos se apodera,  
Con su maldad los agobia,  
Y á Tayatzin con los suyos  
En la impotencia abandona.

A Tayatzin, á quien poco  
Despues la mano traidora  
De unos esbirros, de Maxtla  
Ante la augusta persona,



Y por su orden, le dan muerte,  
Ciñendo á la poderosa  
Frente del regio asesino,  
Entre la espléndida pompa,  
Y los vítores de un pueblo  
Que ante el destino se postra,  
De Azcapozalco y Tescuco  
Las magníficas coronas.



Maxtla, libre de temores  
En su majestad se goza,  
Y con el poder se embriaga  
Que ha adquirido á tanta costa.  
Solo una nube atraviesa,  
Como fatídica sombra,  
Por el tranquilo horizonte  
De sus venideras glorias;  
Y esta sombra es el recuerdo  
De un hombre, fuente do brotan  
Sus pertinaces recelos  
Y sus continuas zozobras.

Nezahualcoyotl, sombrío  
Se le aparece, y trastorna  
Los proyectos colosales  
Que fragua su mente loca.  
No olvida el sueño funesto  
De Tezozomoc, y sorda  
Brama en su pecho implacable  
La tormenta pavorosa;  
La tormenta, que lo mismo  
Que de los cielos arroja  
Sobre la tierra las iras  
De su formidable cólera,  
Así del pecho de Maxtla,  
Contra el heredero Acolhua,  
Se desprenden las saetas,  
De una adersion enconosa.  
Y sin que pueda, ni un día,  
La pesadilla diabólica  
De su padre, ni á la bruja  
Arrojar de su memoria,  
En persecucion del príncipe,  
De los esbirros las hordas,  
Cruzan las grandes ciudades,  
Y las selvas montañosas.



JOSÉ PEON Y CONTRERAS.

Los Teocallis escudriñan,  
Y los Tianguis' alborotan,  
Y suben á los palacios  
Y descienden á las chozas.

1. Las plazas del mercado.



ROMANCE III

NANCHE.

No lejos de un bosque añoso,  
Al pié de verde colina,  
Y de un tranquilo arroyuelo  
Junto á la márgen florida,  
Levanta entre dos jardines,  
Que diestras manos cultivan,  
Una apacible morada  
Sus tápias envejecidas.



Y á cuya puerta da sombra  
Una secular oliva,  
Tendiendo las verdes ramas  
Que eterna paz simbolizan.

En ella moran tranquilos  
Un anciano, y una viva  
Y traviesa y cariñosa  
Doncella, su amor, su dicha.

Nanche se llama el anciano,  
Nezahualxochitl la niña,  
Y Nanche y Nezahualxochitl  
Son dos almas y una vida;

Son una flor en su tallo,  
Son, del mar en las orillas,  
Una perla en su rugosa  
Y áspera concha escondida.



Era una noche muy triste,  
Y lánguida y amarilla,  
Llegando al zenit la luna  
Su lánguida luz vertía.

La jóven, como una sombra  
Impalpable y fugitiva,  
Por sus velados jardines  
La leve planta desliza;

Cuando de pronto el anciano  
Se le aparece, y solicita  
Nezahualxochitl al verle,  
Gozosa se le aproxima:

— Padre mio, á tales horas  
Por estos sitios caminas,  
Cuando tus ojos apenas  
Distinguen la luz del día?

Dame tu mano y revélame  
Dónde vas.....

— Sígueme hija,  
Nanche contesta, y torciendo  
Por una calle en que agita  
A diestra y siniestra el manto  
De los arbustos, la brisa,  
Llegaron á una pequeña  
Esplanada, do la vista

Entre tristes sempazúchiles  
Y saúces mustios, divisa  
De una blanca sepultura  
La negra losa sombría;



JOSÉ PEON Y CONTRERAS.

Y cerca de ella, y en donde  
Alumbra Febe divina,  
Detiene el paso el anciano,  
La frente dobla, suspira,

Y de sus párpados lenta  
Se desprende á sus mejillas,  
Una lágrima que acaso  
Del ánima comprimida,

Es el único consuelo  
De prolongadas vigili-  
as. Despues, tendiendo una mano  
Mientras que la otra fria

Y temblorosa sostiene  
Su cuerpo, que ya se inclina  
A la tierra, doblegado  
Por la edad y la fatiga,

Murmura con voz pausada;  
—«Allí está Tiata, hija mia,  
Era Tiata mi embeleso,  
Era mi única delicia;

Creció feliz á mi lado  
Como has crecido tu misma,  
Pura, modesta y hermosa,  
Y recatada y sencilla.

Era su pecho inocente,  
Sin doblez y sin perfidia,  
Como lago sin tormentas,  
Como rosal sin espinas.

Huitzilihuitl, el monarca  
De Tenuchitlán un día  
Vió su beldad, y una nube  
Cruzó el cielo de mi vida.

No puso á sus piés un plomo,  
Ni puso un velo á su vista,  
Ni á sus labios un candado,  
Ni coraza á su codicia.

¡Ay! robómela el infame,  
Robómela en hora impía,  
Y la deshonra en mi frente  
Grabó sus cárdenas tintas.

Eternos días horribles,  
Largas noches de vigilia,  
Pasé sin Tiata....era Tiata,  
De una vez sábelo, mi hija.

El grande rey Ixtlilxochitl,  
A quien los dioses bendigan,  
Se conmovió de las penas  
Y las desventuras mías.



Y en mi socorro acudiendo,  
A Huitzilihuitl obliga  
A devolverme el tesoro  
De mi insaciable avaricia.

Tiata al hogar de sus padres,  
Al Eden de su familia,  
Tornó temblando, una tarde,  
Melancólica, intranquila;

Al llegar á mi presencia  
Clavó en el suelo la vista,  
Y, cual un raudal, el llanto  
Nubló sus negras pupilas.

Como las flores que arrastran  
Los vientos por la campiña  
En las noches de Atemoxtlí,<sup>1</sup>  
Eternas, tristes y frías,

Así á la infelice Tiata  
Miré mustia y abatida,  
Blanco el color de sus labios,  
Y sin sangre sus mejillas.

Lloró, lloré; nuestro llanto  
Se confundió en una misma  
Corriente, cual sus dolores  
Nuestras almas confundían.

Diciembre.

Mas nada bastó; las penas  
Mataron á Tiata el día  
Que tú naciste; tú eres  
De Huitzilihuitl la hija.

Murió el verdugo hace tiempo;  
Allí está en polvo la víctima;  
Tu madre infeliz, que goza  
De Tonatiuh<sup>1</sup> las delicias!

Hoy que siento que mis fuerzas  
Me abandonan y declinan,  
Te he revelado el secreto  
De mis angustias continuas.

Cuando de este mundo salga,  
Ven á este sitio, y cultiva  
Las tristes flores que nacen  
En sus desiertas orillas;

Suplan á mis oraciones  
Tus oraciones sencillas;  
Tu dulce llanto á las tristes  
Y amargas lágrimas mías.»

Cesa la voz del anciano,  
Nezahualxochitl suspira,  
Y ante la tumba cayeron  
Ambos á dos de rodillas.

<sup>1</sup> "El Sol"



CAPITULO ALFONSINA

ROMANCE IV

LA HOSPITALIDAD.

Está avanzada la noche,  
Y dulce, apacible y diáfana  
Va rodando en los espacios  
Febe, su disco de plata.

Nanche á su aposento torna,  
Y las desdichas pasadas  
Entrega en brazos del sueño  
Que sus sentidos embarga.



Mas Nezahualxochitl sola,  
Misteriosa y desvelada,  
Aun de sus vastos jardines  
Por las arboledas vaga.

Acaso encierra su pecho  
Alguna ignota esperanza,  
Y al hondo silencio fia  
Los secretos de su alma.

Acaso un leve suspiro  
Que de su seno se escapa,  
De los zéfiros livianos  
Vuela en las flébiles alas.

Tal vez recuerda su mente  
Que ha visto en una mañana,  
A la hora en que alegre y bella  
En la cuna sonrosada,

Confunde su luz el día  
Con los crespones del alba,  
Pasar una sombra errante  
Entre dos verdes montañas.

Que aun mira se le figura  
La imágen gentil, gallarda,  
De un mancebo que corria  
Y ásperas cimas trepaba,

Como el Coyame<sup>tl</sup> que huye,  
Entre breñas y entre zarzas,  
Del brazo que lo persigue  
Tras de la innúmera jauria;

Aun se finje que le mira  
Perderse allá en lontananza,  
Al través de los arbustos  
Y el follaje de las ramas.

Y por el mismo sendero  
A poco ve que se lanza,  
En pos de aquel fugitivo,  
Un tropel de gente armada

Que corre de un lado al otro,  
Que se detiene, que avanza,  
Que camina irresoluta,  
Que á conferenciar se pára,

Bien como duda y vacila  
El ojeador que en la caza  
Pierde la pista y no sabe  
Dónde la fiera se guarda.

Tal sueña la pobre jóven,  
Intranquila y desvelada,  
Que por las calles desiertas  
De sus arboledas vaga.